

SANDRA KUNTZ FICKER, *El comercio exterior en México en la era del capitalismo liberal, 1870-1929*, México, El Colegio de México, 2007, 531 pp. ISBN 968-12-1315-7

Este excelente estudio de historia económica es, sin lugar a dudas, uno de los más importantes y significativos entre los publicados en México en los últimos diez años. Su importancia reside en que nos proporciona una reflexión inteligente y global de los cambios históricos del comercio exterior mexicano entre el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del siguiente. La fuerza de este estudio depende del rigor con el cual la autora construye una nueva inédita serie del comercio exterior con base tanto en fuentes nacionales como en las provenientes de los socios comerciales de México (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania España y Bélgica).

Gracias a esta nueva serie y al empleo de una excelente bibliografía la autora logra superar viejos y nuevos prejuicios presentes en los estudios relativos al comercio internacional de México entre 1870-1930. Destruye definitivamente la visión tradicional, esencialmente una fábula, que atribuyó al comercio y en especial a las exportaciones, un papel negativo en el desempeño económico de México.

Mi interés es mostrar lo valioso de esta aportación historiográfica. En primer lugar, arroja luz en torno de las principales problemáticas de la internacionalización comercial y su impacto en la economía mexicana. En particular, recojo los argumentos con los cuales la autora ilustra la capacidad de adecuación y de transformación que presenta el comercio exterior en el contexto internacional durante la segunda revolución industrial, al grado de impulsar tanto a México como a otros países a diseñar un sendero económico, institucional y de política pública con el fin de apropiarse de los beneficios derivados de la ampliación del comercio internacional. Conviene, por lo tanto, tener presente

que la segunda revolución industrial se caracteriza por la difusión internacional de las innovaciones tecnológicas, en especial las de las industrias eléctrica y química, gracias a la expansión del capital fijo en el capital productivo y a la revolución fundamental que provocan las telecomunicaciones y los nuevos transportes terrestres y marítimos.

Se debe reconocer a la autora el mérito de proponer que los vectores dinámicos del comercio mexicano son tanto las exportaciones como las importaciones. Así logra superar definitivamente la idea, que aún encontramos en las historiografías latinoamericanas, que sólo las exportaciones tuvieron un papel fundamental. Insistir, como hace la autora, en que la interacción entre exportaciones e importaciones dinamiza el comercio exterior y le lleva a comprender la recaída o derrama positiva de tal interacción tanto en el ámbito de la productividad como en el que se crea y desarrolla el mercado único o nacional.

Sandra Kuntz critica repetidamente la idea tradicional de que el comercio exterior es un enclave que se proyecta exclusivamente hacia el exterior y origina por lo tanto, un falso desarrollo económico. La autora — con agudeza — refuta la convicción económica, sin fundamento alguno, de que el crecimiento de las exportaciones empobrece a los países productores de materias primas con base en la idea de que su crecimiento deteriora los términos de intercambio y provoca, por lo tanto, una reducción del poder adquisitivo de las exportaciones. El análisis exhaustivo de Sandra Kuntz le permite exponer con solidez que el comercio exterior y no sólo las exportaciones son el motor del “salto cualitativo” que ocurrió en la economía mexicana al término del siglo.

Tal salto cualitativo se observa en la diversificación de las exportaciones, en la expansión del número de bienes exportados que pasan de cuatro a doce, que vitalizan los principales sectores productivos del país: la minería, la agricultura y la ganadería. Muchos de los nuevos bienes exportados dieron vida a las manufacturas,

pues son bienes que se exportan semielaborados. Estas exportaciones conocen en México la primera transformación de la materia prima, la cual aumenta el valor agregado del producto. A partir del último tercio del siglo XIX México deja de ser un país monoexportador. Esta transformación la logra gracias a los recursos derivados de las exportaciones que atraen nuevas inversiones, tanto nacionales como extranjeras, y permite que el país deje de ser importador neto de bienes de consumo y se convierta en importador de bienes intermedios y de capital. La recalificación de los bienes exportados e importados genera una interacción extremadamente dinámica entre exportaciones e importaciones, cuyas fases ilustra bien este volumen.

El dinamismo entre importaciones y exportaciones dio vida a un crecimiento económico sostenido. Esto se logró gracias a la constante relación que, por vez primera, ocurrió en la economía mexicana entre comercio y función de producción, por efecto de la expansión del capital fijo, notorio en la introducción de nuevas tecnologías. Renovación tecnológica que expande la producción, favorece el incremento de las exportaciones y mejora incluso, la calidad de los productos, como se observa en la producción de la plata, carbón y henequén. Valdría la pena insistir mayormente sobre cómo México deja de ser un exportador de materias primas. Sandra Kuntz muestra cómo todos los bienes mineros exportados requirieron un primer proceso de industrialización, que los convierte en semielaborados. Expone también cómo las importaciones tradicionales de bienes de consumo, oropel de las clases adineradas, comienzan por ser sustituidas por nuevos bienes, insumos con fines productivos. La transformación que acontece en el comercio exterior permite entender los cambios que ocurren en el ámbito de la reorientación geográfica del comercio, en el surgimiento de nuevos socios comerciales, y la novedad en la balanza de pagos capaz ahora de contener el déficit de las partidas corrientes.

La evolución del comercio exterior mexicano ilustra la validez de los fundadores de la economía política François Melon, David Hume y Adam Smith, quienes sostuvieron la complementariedad entre el crecimiento del comercio exterior y de la producción industrial. Estos autores del siglo XVIII nos dijeron que la producción industrial se beneficia de la expansión del comercio exterior, a condición de que se incorporen nuevas tecnologías capaces de incrementar la productividad y la competitividad de los bienes producidos. En México, la transformación comercial y tecnológica incrementó el diferencial entre las producciones consumidas y las no consumidas en el interior del país y favoreció entonces la expansión del comercio exterior. Se puede así concluir que Sandra Kuntz muestra la significativa transformación acontecida a partir del último tercio del siglo XIX de capacidad, por parte del mercado mexicano, de exportar producciones nacionales así como el pasaje desde las importaciones de bienes de consumo a la de bienes intermedios y de capital.

La excelente capacidad analítica de la autora le permite ilustrar los efectos inducidos que ejercen la importación de nuevas tecnologías. Ella nos muestra que la generación de energía eléctrica proviene, hasta 1912, de fuentes internas y en especial del carbón mientras posteriormente la nueva producción es de petróleo, la cual impulsa la expansión de la energía eléctrica.

Sandra Kuntz comprende perfectamente que las tendencias del comercio son fuertemente influidas por las políticas públicas. En efecto, incluso antes de que se diera la transformación material del comercio exterior, las políticas comerciales de corte liberal diseñaron el sendero de la renovación. De gran interés es el análisis de cómo la política comercial buscó reducir la dependencia de la hacienda pública de los impuestos de importación y de exportación. Se comprende también cómo la reducción y el control del contrabando dependió, al inicio, de la reducción de las barreras aduaneras y posteriormente de la elaboración, como acontece en

otros países, de una protección arancelaria diferenciada capaz de favorecer la producción nacional y acelerar la sustitución de bienes de consumo e intermedios.

Quisiera subrayar cómo su análisis de la política comercial permite comprender que la libertad comercial tiene poco que ver con la doctrina librecambista. Esta última no es otra cosa que una ideología de la abolición completa de las barreras aduaneras. Al contrario, este estudio nos dice, a diferencia de lo que se ha sostenido hasta ahora, que existió un alto grado de autonomía del gobierno respecto a las presiones de los grupos de interés nacional y extranjero. En efecto, la introducción de la protección arancelaria diferenciada tuvo como finalidad impedir que los nuevos productos nacionales de fuerte demanda internacional pudieran estar amenazados por la agresiva competitividad de los países industriales a partir de los primeros años del siglo xx. Se comprende del libro, que la implementación de los derechos de propiedad por parte del gobierno fue fundamental para la renovación que vio el comercio exterior mexicano.

No obstante todos sus méritos, este libro tiene un límite. En el análisis del henequén se lee que gran parte de la producción es controlada, en los ámbitos comercial y del crédito, por grandes casas comerciales. Sabemos también que muchas otras producciones exportables de la agricultura comercial son influidas por la intermediación financiera. En consecuencia, la falta de un análisis del financiamiento del comercio exterior impide conocer el papel de las instituciones financieras nacionales e internacionales, en sostener, acelerar u obstaculizar el desempeño del comercio exterior mexicano en la fase de internacionalización económica.

Marcello Carmagnani

*El Colegio de México*